

Seix Barral Biblioteca Breve



Enrique Vila-Matas

Kassel no invita
a la lógica





Seix Barral Biblioteca Breve

Enrique Vila-Matas
Kassel no invita a la lógica

1

Cuanto más de vanguardia es un autor, menos puede permitirse caer bajo ese calificativo. Pero ¿a quién le importa esto? De hecho, mi frase tan sólo es un *mcguffin* y tiene poco que ver con lo que me propongo contar, aunque podría ser que a la larga todo lo que cuente acerca de mi invitación a Kassel y posterior viaje a esa ciudad termine por desembocar en esa frase precisamente.

Como algunos saben, para explicar qué es un *mcguffin* lo mejor es recurrir a una escena de tren: «¿Podría decirme qué es ese paquete que hay en el maletero que tiene sobre su cabeza?», pregunta un pasajero. Y el otro responde: «Ah, eso es un *mcguffin*.» El primero quiere entonces saber qué es un *mcguffin* y el otro le explica: «Un *mcguffin* es un aparato para cazar leones en Alemania.» «Pero si en Alemania no hay leones», dice el primero. «Entonces eso de ahí no es un *mcguffin*», responde el otro.

El *mcguffin* por excelencia es *El halcón maltés*, el film más charlatán de toda la historia del cine. La película de John Huston narra la búsqueda de una estatuilla que fue el tributo que los Caballeros de Malta pagaron por una isla a un rey español. Se habla muchísimo, sin parar, en el

film, pero al final el codiciado halcón por el que tantos incluso habían asesinado resulta ser sólo el elemento de suspense que ha permitido avanzar a la historia.

Como ya habrán intuido, hay muchos *mcguffin*. El más famoso se puede encontrar en el arranque de *Psicosis*, de Hitchcock. ¿Quién no recuerda ese robo que lleva a cabo Janet Leigh en los primeros minutos? Parece tan importante y acaba resultando irrelevante en la trama. Sin embargo, cumple con la función de dejarnos atentos a la pantalla el resto de la película.

Y hay *mcguffins*, por ejemplo, en todos los episodios de *Los Simpson*, donde el preludeo que abre cualquiera de ellos muy poco o nada se relaciona con el desarrollo posterior del capítulo.

Mi primer *mcguffin* lo encontré en *Un maldito embrollo*, de Pietro Germi, adaptación cinematográfica de una novela de Carlo Emilio Gadda. En ese film, el comisario Ingravallo, cargado de cafés y perdido en el laberinto de su intrincada investigación, hablaba de vez en cuando por teléfono con su santa esposa, a la que no veíamos jamás. ¿Estaba Ingravallo casado con una McGuffin?

Hay tantos *mcguffins* por ahí que hace sólo un año se infiltró uno en mi vida cuando una mañana llamó por teléfono a casa una joven que dijo llamarse María Boston y ser la secretaria de los McGuffin, un matrimonio irlandés que estaba interesado en invitarme a cenar y no dudaba que yo también estaría encantado de verles y saludarles, pues pensaban hacerme una propuesta irresistible.

¿Eran multimillonarios los McGuffin? ¿Querían, por algún oscuro motivo, comprarme? Eso fue lo que pregunté como reacción humorística a aquella llamada extraña, provocadora, seguramente una broma que quería gastarme alguien.

Normalmente cuelgo de inmediato con una llamada así, pero la voz de María Boston era muy cálida y muy bella y yo, además, en ese momento, tenía un buen humor matinal y jugué un poco antes de colgar y eso me perdió porque le di tiempo a la joven Boston para citarme nombres de amigos comunes, los nombres de mis mejores amigos.

—Lo que piensan proponerte los McGuffin —dijo ella de pronto— es que conozcas, de una vez por todas, la solución al misterio del universo. Ellos la saben ya y te la quieren transmitir.

Decidí seguirle la corriente. ¿Y ya estaban enterados los McGuffin de que no salía nunca a cenar? ¿Sabían que, desde hacía siete años, solía sentirme feliz por las mañanas y por las tardes, en cambio, me entraba con puntualidad una angustia fuerte que me llevaba a pensar en panoramas negros y horribles y que hacía absolutamente recomendable que no saliera de noche?

Los McGuffin lo sabían todo, dijo Boston, estaban enterados de que era muy reacio a salir de noche. Pero aun así no querían ni imaginar que prefiriera quedarme en casa en lugar de conocer la solución al misterio del universo. Sería muy cobarde si elegía el hogar.

He recibido en la vida llamadas extrañas, pero ésta era de las que se llevaba la palma. Y por si fuera poco, cada vez la voz de Boston se volvía más agradable, tenía realmente un timbre especial que me traía recuerdos de algo que no sabía muy bien qué era, pero que me hacía sentirme más pleno de energía y contento de lo habitual en mis mañanas, ya de por sí en los últimos tiempos muy llenas de fuerza y optimismo. Le pregunté si iría también ella a la cena en la que me revelarían aquel secreto. Sí, dijo, tengo pensado ir, después de todo soy la secretaria del matrimonio y estoy obligada a ciertas cosas.

Minutos después, habiéndole sacado un buen partido a mi estado optimista, ella había ya logrado convencerme plenamente. No me arrepentiría, dijo, el misterio del universo bien valía un esfuerzo. Ya cumplí años el mes pasado, dije, te lo comento por si alguien se ha equivocado de fecha y me ha preparado una fiesta sorpresa de aniversario. No, dijo Boston, la sorpresa está en lo que van a revelarte los McGuffin, no te lo esperas.

2

Y así, tres noches después, acudía puntual a la cita, a la que no se presentó el matrimonio irlandés, pero sí Boston, joven luminosa, alta, de cabello negro, muy negro, vestido rojo y maravillosas sandalias doradas, inteligente y lista a la vez. Mientras la miraba, no pude ocultar un lamento interior, que de una manera intuitiva ella, en plena juventud, captó; supo que a mí me ocurría algo relacionado con la edad, el hondo abatimiento y la pena de las cosas.

Sin duda no la había visto antes en mi vida. Tenía, como mínimo, treinta años menos que yo. Disculpa por el enredo, la maraña, el ovillo, dijo nada más saludarnos. Pregunté de qué maraña, de qué ovillo me hablaba. ¿No lo ves? Te he enredado, no existen los McGuffin, dijo. Y explicó que actuar al modo de un ovillo, enredándolo todo, le había parecido la mejor forma de lograr que le hiciera caso, pues intuía que, teniendo yo fama literaria de excéntrico, una llamada extravagante podía despertar más mi curiosidad y lograr el difícil objetivo de que yo saliera de noche.

Tenía que verme en persona para hacerme una pro-

puesta, pues temía una respuesta no adecuada si la hacía por teléfono. ¿Y de qué propuesta quería hablarme? ¿No sería la misma que tenían que hacerme los McGuffin? Se sentía ante todo feliz, me dijo, al saber que disponía de tiempo por delante para poder plantearme la propuesta que sus jefas, Carolyn Christov-Bakargiev y Chus Martínez, comisarias de Documenta 13, le habían encargado trasladarme.

Entonces, dije, los McGuffin son Carolyn y Martínez. Sonrió. Exacto, dijo, pero ahora me gustaría saber si has oído hablar de la Documenta de Kassel. Había oído hablar mucho, dije. Es más, algunos amigos en los años setenta habían vuelto de allí transformados después de haber visto obras de vanguardia prodigiosas. De hecho, Kassel era, por este y otros motivos, todo un mito de mis años de juventud, un mito no destruido; era el mito de mi generación y también, si no me equivocaba, de las generaciones que siguieron a la mía, pues cada cinco años se concentraban allí obras de ruptura. Detrás de la leyenda de Kassel, terminé diciéndole, estaba el mito de las vanguardias.

Pues tenía el encargo, dijo Boston, de invitarme a participar en la Documenta 13. Como podía ver, añadió, no me había mentido precisamente cuando me habló de una propuesta irresistible.

Me sentía feliz por aquella propuesta, pero contuve el entusiasmo. Esperé unos segundos para preguntar qué se esperaba de un escritor como yo en una exposición de arte como aquélla. Que yo supiera, añadí, los escritores no iban a Kassel. Y los pájaros no van a morir al Perú, dijo Boston, demostrando ser muy ágil respondiendo. Una buena frase *mcguffin*, pensé. Siguió un breve, intenso silencio, que ella rompió. Le habían encargado pedirme que a finales del verano de 2012, a lo largo de tres se-

manas, pasara todas las mañanas en el restaurante chino Dschingis Khan, en las afueras de Kassel.

—¿Chingis qué?

— Dschingis Khan.

—¿En un chino?

—Sí. Escribiendo allí a la vista del público.

Dada mi inveterada costumbre de escribir crónicas cada vez que me invitan a un lugar extraño para que haga allí algo raro (con el tiempo me he dado cuenta de que en realidad todos los lugares me parecen extraños), tuve la impresión de estar viviendo una vez más el comienzo de un viaje que podía acabar convirtiéndose en un relato escrito en el que, como era habitual, mezclaría perplejidad y vida suspendida para describir el mundo como un lugar absurdo al que se llegaba mediante una invitación muy extravagante.

Miré por momentos a los ojos a Boston. Parecía que ella lo hubiera hecho a propósito para que yo acabara escribiendo un largo reportaje sobre una invitación rara a Kassel para trabajar en un chino a la vista del público. Desvió la mirada. Y eso era todo, dijo, no había más, sólo me pedían Carolyn y Chus y todo su equipo curatorial que me sentara todas las mañanas en una silla del restaurante chino y llevara mi actividad normal de un día en Barcelona. Es decir, sólo me pedían que escribiera y, eso sí, procurara relacionarme con quien entrara en el restaurante y quisiera hablarme, pues no debía olvidar nunca que «interconectarse» iba a ser un concepto y una recomendación muy común dentro de la Documenta 13.

Y que no pensara, dijo, que yo era el único escritor que iba a hacer aquel número, pues habían previsto invitar a cuatro o cinco más; europeos y americanos, quizás un par de asiáticos también.

Me agradaba que me reclamasen desde Kassel, pero no la historia de tener que sentarme tres semanas en un chino. Eso lo tuve claro desde el primer momento. De modo que, aun temiendo que acabaran retirándome la invitación, me sentí obligado a decirle a Boston que la oferta me parecía demasiado escuálida y debía por tanto pedirle que les transmitiera a Carolyn Christov-Bakargiev y a Chus Martínez que ya la sola idea de que centenares de abuelos alemanes del Imsero pudieran bajar de autocares para ir a un restaurante a ver lo que yo escribía y a interconectarse conmigo me había dejado literal y mentalmente descoyuntado.

Nadie ha hablado de abuelos alemanes, me corrigió Boston, un tanto severa de repente. Era verdad, nadie había hablado de abuelos ni del Imsero. En cualquier caso, le dije, agradecería una intervención mía en Kassel de otro estilo, dar allí una conferencia, por ejemplo, aunque ésta tuviera que darla también en el antro chino. Una charla sobre el caos en el arte contemporáneo, dije en plan conciliador. Nadie ha hablado de caos, intervino Boston. Era verdad, nadie había hablado de caos y lo más probable era que yo tuviera un viejo y burdo prejuicio contra el arte contemporáneo y fuera de los que creían que éste en la actualidad era un verdadero desastre o una tomadura de pelo, o cualquier cosa de éstas.

De acuerdo, asentí de golpe, no hay caos en el arte actual, ni crisis de ideas, ni atasco alguno. Dije esto y luego accedí a ir a Kassel. De inmediato sentí una honda satisfacción; no podía olvidarme de que más de una vez había soñado que los vanguardistas me consideraban uno de los suyos y un día me invitaban a Kassel.

Pero, a todo esto, ¿quiénes eran los vanguardistas?

La cara de Boston se fue iluminando, y hubo un momento en que me pareció verla verdaderamente radiante, quizás satisfecha de haber cumplido con su misión de lograr que aceptara aquella propuesta.

Yo sabía por qué había aceptado, pero no era cuestión de sincerarse allí. Aparte de lo original y lo literaria que había sido la forma de invitarme, había aceptado porque no había pensado nunca que aquello que me habían propuesto estuviera algún día a mi alcance —era como si me hubieran planteado jugar en mi equipo de fútbol favorito: algo que, aunque ya sólo fuera por mis sesenta y tres años recién cumplidos, ya no me propondrían nunca— y también porque, desde hacía un tiempo, desde que superara un colapso provocado por la mala vida, experimentaba una recuperación en todos los órdenes, y, dentro de ese proceso, había ido cobrando sentido la apertura de mi escritura hacia otras artes distintas de la literatura. En otras palabras, había dejado de obsesionarme sólo con la materia literaria y había abierto el juego a otras disciplinas.

Así las cosas, para el hombre que envejecía y no hacía nada para ocultarlo ir a Kassel significaba encontrarse con la gracia de un mundo nuevo para él. Tal vez allí diera con otras ideas de las habituales y quizás pudiera llegar a alcanzar, si tenía la paciencia del merodeador, una visión aproximada de la situación del arte contemporáneo a principios del siglo XXI. Tenía curiosidad, además, por ver si había muchas diferencias entre la vanguardia literaria del momento —de dudosa existencia— y la vanguardia del arte, que se daba cita cada cinco años en la

Documenta. En el terreno literario, lo vanguardístico había perdido peso, por no decir que probablemente se había extinguido, aunque podían quedar algunos proyectos poéticos todavía de interés. Pero ¿sucedió lo mismo en el mundo de las artes, donde periódicamente en Kassel se celebraba la gran feria antimercantil de lo innovador? Porque Documenta tenía fama de no estar demasiado contagiada de las leyes del mercado.

Quería ir a Documenta, le dije, pero sin tener que pasar por el Dschingis Khan, pues ahí iba a sentirme descolocado sin duda, completamente desplazado. Boston me miró, sonrió con indulgencia, dijo que había yo pronunciado la palabra clave, pues precisamente la Documenta de Carolyn Christov-Bakargiev y Chus Martínez pensaba poner toda su artillería pesada en la idea del desplazamiento, deseaba colocar a los artistas fuera de sus domicilios cerebrales habituales.

No quise averiguar qué era para ella exactamente un domicilio mental, pero sí saber, en cambio, si aún quedaba alguna mínima posibilidad de que me ofrecieran una actividad distinta a la de las mañanas absurdas en el restaurante chino. Era mejor que no me negara a pisar el Dschingis Khan, me dijo, porque iba a ser el centro de operaciones de sucesivos escritores invitados y yo no podía ser diferente a los otros, pero ya podía avanzarme que sería todo leve, podía asegurármelo, me quedaría tiempo de sobra para dedicarme a lo que mejor sabía hacer: para dedicarme a observar, a ojear, a caminar como un desocupado profundo, sabían —porque al leerme así lo había interpretado la totalidad del equipo curatorial— que a mí me gustaba ser una especie de paseante errático en continuo vagabundeo perplejo.

Sonreí, sin saber muy bien por qué. Te vamos a reba-

jar la condena china, dijo de pronto. No comprendo, le contesté. Pues verás, dijo, haciendo uso de la potestad que Carolyn Christov-Bakargiev y Chus Martínez me han dado, te rebajo de tres a una semana el tiempo que has de pasar en el chino.

A través de lo que fue diciéndome, me enteré de que el Dschingis Khan no se hallaba en un lugar muy céntrico de Kassel, sino todo lo contrario, estaba al sur del parque de Karlsaue, que a su vez colindaba ya con la zona boscosa. En otras palabras, el chino se hallaba en las afueras de Kassel. O lo tomaba o lo dejaba. No sería malo si lo tomaba para mí porque, después de pasar por el chino, podría dar grandes paseos, por el parque, por el bosque, sería una experiencia distinta, podía ver cosas insólitas, hasta descubrir (sonrió) cuál era la solución al misterio del universo...

Tenía aquella propuesta una lógica muy escasa, por no decir ninguna; tenía ciertamente un aire ligeramente descabellado aquella invitación a un chino de las afueras de Kassel, pero faltaba un año para el viaje y pensé o quise creer que quizás en ese tiempo que faltaba se les ocurrirían a las comisarias (¿o había que llamarlas agentes o curadoras?, no andaba ducho en estos temas) más cosas que pudiera yo hacer allí.

—Y a todo esto, ¿alguien al final me revelará el misterio del universo? —dije.

Su respuesta, modulada por una voz que no perdió su hechizo en toda la noche, fue bien astuta. Así que le pedí permiso para anotarla en una servilleta donde, le dije, me dedicaría a admirarla toda la vida.

—Pero es que sin los McGuffin —dijo Boston— poco podemos hacer, si acaso cantar do, re, mi, do, hay viento y lloverá. Pero la cena se acabó.

Parecía que hubiera controlado ella el tiempo exacto

que debía durar la cena. En cualquier caso, fue mucho mejor que todo acabara allí porque, en casa antes de salir, había tomado una pastilla euforizante que por esos días trataba de patentar mi antiguo compañero de colegio, el doctor Collado (le cambio el apellido para no dar el verdadero nombre de este querido y algo frustrado inventor de drogas de aire medicinal).

Había tomado yo aquella pastilla con la idea de que me ayudara a aminorar mi angustia nocturna. Y si bien la pastilla funcionó para mí inicialmente, hacía ya un rato que sus efectos iban de capa caída y andaba mi situación volviéndose peligrosa porque empezaba a notar que estaba emergiendo mi sombrío estado de humor de todas las tardes y noches, mi profundo lado melancólico. Y, además, veía venir que en cualquier momento Boston iba a preguntarme dónde había dejado aquella supuesta angustia fuerte que le había dicho que me llegaba con tanta puntualidad por las tardes y hacía recomendable que no saliera de noche... Tenía pavor a esa pregunta y más observando que mi melancolía avanzaba desenfadada. Llegué incluso a temer que mi rostro se convirtiera en el de mister Hyde, así que me pareció muy buena idea que la velada fuera a acabarse cuanto antes.

4

Una noche, varias semanas después, quedé con Chus Martínez. Pero cuando llegué al lugar de la cita quien estaba allí era María Boston, más divertida y luminosa incluso que en la anterior ocasión, como si quisiera indicarme que

era capaz de meterse en la piel de un personaje superior al que había representado ante mí la primera noche. Le pregunté por Chus y hubo un cruce de miradas extraño y el momento me pareció incomprensiblemente arduo.

—¿No puedes entender que soy Chus? —dijo.

Y por un momento logró que me sintiera un completo imbécil. Tenía que entender, dijo, que la primera vez para llamarme por teléfono le había parecido mejor hacerse pasar por María Boston, un nombre con más gancho y también más energía que el de Chus Martínez, tan castizo. Después, no había sabido deshacer el entuerto, el enredo, el ovillo, que deshacía ahora.

—Soy Chus, siempre fui Chus. ¿Lo entiendes?

Me sonó como si dijera: mira que eres tonto.

Sonreí. ¿Qué se hace en estos casos? Había vuelto a tomar —qué remedio, no podía presentar una cara de angustia toda la noche— una nueva pastilla euforizante del doctor Collado —esperaba que la segunda y última de mi vida— y me dio por sonreír de forma muy natural, aunque en realidad sonreía, me parece, como un perfecto bobo. La verdad era que estaba metido en un buen lío, ya que desde el primer momento había notado que los efectos de buen humor que tenía que producir el fármaco con el que experimentaba Collado —lo que él llamaba «la aspirina de la simpatía»— no eran malos del todo, pero dejaban bastante que desear.

Sonreí como un pobre bobo.

—Eres Chus, claro —dije—. Siempre fuiste Chus. Ya entiendo.

A lo largo de aquel segundo encuentro, ella fue ratificándose en todo lo dicho: con Carolyn Christov-Bakargiev estaban de acuerdo en rebajar los días que debía pasar en Kassel y por tanto bastaba con una semana y sólo

pedían que pasara un rato por el chino por las mañanas y, eso sí, agradecerían que me comunicara todo lo que pudiera con la gente que encontrara por allí, con las personas que se interesaran por lo que escribía, o bien con las que se interesaran por mi condición de escritor, también con aquellas que se interesaran simplemente por saber qué diablos hacía yo perdido en aquel restaurante chino de las afueras de Kassel, etcétera.

¡Perdido! ¿Por qué deseaban verme extraviado? ¿Querían reírse de mí? Me decidí a preguntarle por qué dos mujeres a las que apenas conocía, ella y Carolyn, se habían dedicado a planificar a distancia mi extravío en un rincón chino en el verano de 2012. ¿Qué interés podían tener en verme perdido junto a un bosque? Por suerte pregunté todo esto coincidiendo con un fogonazo de alegría producido directamente por la pastilla, lo que permitió que yo dejara ver una más que amplia sonrisa en mi rostro y escasa preocupación. Creo, dijo ella, que estás supermagnificando las cosas. Breve silencio. Quise conjeturar que, de todos modos, existía algo bueno detrás de la idea de que me perdiera, y también creer que en el fondo ella, como comisaria de Documenta 13, me lanzaba de forma muy deliberada un reto: tenía que aceptar como una inofensiva realidad el hecho de que su propuesta fuera tan escuálida, aceptar esto y salvar esa raquítica oferta gracias a mi imaginación.

Me animé a preguntarle si era que ella y Carolyn confiaban en que, una vez en la Documenta, mi poder de observación me ayudaría a profundizar en el extraordinario—ironicé como pude— esplendor del arte contemporáneo.

Me miró. Vi que no iba a afirmar ni negar nada, y así fue. Se limitó a recomendarme que no perdiera de vista que, cerca del restaurante chino, había un bosque y en los

bosques siempre tuvieron lugar las historias de verdad. Ante esto, no supe qué decir, pues no sabía qué podía entender ella por historias de verdad.

Durante años pensé que para escribir bien había que llevar mala vida, le dije. ¿Y eso a qué viene ahora?, preguntó de inmediato. Nada, Chus, sólo es un *mcguffin* como sospecho que lo ha sido también tu frase sobre las historias de verdad, le dije. Por un momento, todo se enredó bastante, se rompió el ritmo de la conversación. Terminamos callados. Para intentar ponerle remedio a la situación, sólo se me ocurrió decirle que tenía yo cierta tendencia a los *mcguffins*. Pero eso no creó más que más estupor por su parte y más silencio.

Hasta que ella decidió disminuir la tensión y comenzó a contarme que se iba al día siguiente a Afganistán porque la Documenta que preparaba con Carolyn y el equipo curatorial no iba a tener lugar sólo en la alemana Kassel sino que se extendería por Kabul y también por Alejandría, El Cairo y Banff (Canadá). A excepción de las organizadoras, del pequeño equipo de trabajo y de algún invitado, Documenta 13 resultaría inabarcable para un solo visitante. Lamentaba estar un tiempo fuera porque le divertía mucho la conversación conmigo y agradecía lo bien que me había yo tomado que un día ella se hubiera hecho pasar por Boston y al otro me hubiera revelado su verdadera identidad.

Bueno, en todo caso, dije, es un descanso saber que ya no vas a cambiar más de nombre. No, no te preocupes, dijo, y sonrió enigmáticamente mientras comenzaba a hablarme de la hoja de ruta de la Documenta e insistía en la extensión del espacio de Kassel a Kabul, Alejandría, El Cairo y Banff y me advertía, por si acaso se me había ocurrido pensarlo, que no había que creer que ella y Carolyn

tenían una actitud poscolonial, sino que más bien se trataba de una pura voluntad polilógica.

Anoté mentalmente ese adjetivo que no había oído nunca («polilógica») y creí ver, poco después, cierta esperanza en mi oscuro futuro de hombre recluido en un chino polilógico cuando, entre otras cosas, me habló de que Critical Art Ensemble había encontrado un espacio recóndito mucho más allá del bosque de Kassel y proyectaba un ciclo de conferencias durante los cien días que duraba la exposición. Ponencias, me dijo, a las que probablemente no acudiría nadie y no serían oídas, dada la lejanía del lugar. De inmediato, caí en la cuenta de que ese lugar de conferencias a las que no asistiría nadie podía ser el sitio idóneo (desde luego mejor que el dichoso chino) para dar una charla en torno a cualquier tema relacionado con la vanguardia y el arte del nuevo siglo, y le pedí que tratara de que yo fuera uno de los cien ponentes invitados por Critical Art Ensemble, pues nada me fascinaba tanto de pronto como programar una charla que tuviera lugar más allá de un bosque y se titulara... «La conferencia sin nadie».

Me entusiasmé con mi propio título, ahí la pastilla —dado que se le pedía que animara— pareció funcionar de un modo perfecto. Pero tal vez el entusiasmo que mostré fue excesivo. Lo estudiaremos, dijo fríamente ella, como si le hubiera molestado verme por fin ilusionado ante la posibilidad de tener alguna actividad realmente interesante esperándome en Kassel. Pero no mucho después rectificó y pasó a decir que el título de mi conferencia le encantaba y que ya podía ir preparándola porque quedaba desde aquel mismo momento programada, lo que no quitaba que —bajó el tono de su maravillosa voz— tuviera que pasar yo diariamente por el chino.

Se torció levemente la expresión alegre de mi cara.